

LOS NUEVOS NOVELISTAS DE FRANCIA

MARCEL PROUST

HABLAR de Marcel Proust es tan difícil para un español, como para un francés hablar de la Doctora de Avila. Este paralelo puede parecer demasiado arbitrario. No obstante, es la consecuencia de varios momentos de reflexión, que han ido repeliéndose hasta concretarse en él. Para mí, Proust es un escritor específicamente francés, como Santa Teresa es una escritora específicamente castellana. Para mí, el psicologismo francés (el estudio de los sentimientos, el análisis de las pasiones, el desmenuzamiento del alma), pasando por los moralistas y por Racine, por Stendhal y por Flaubert, alcanza en Marcel Proust—perdónese la expresión, pero me parece la más exacta—«su rendimiento máximo». Del mismo modo, Santa Teresa exprime el limón ascético en las *Moradas* y en su *Vida*. La fiebre mística de la Santa y la comezón psicológica de Proust son semejantes: la misma paciencia en el escribir, en satisfacer, uno a uno, todos los caprichos—hasta los más nimios—de la sensibilidad, seducida por este o aquel espectáculo, por este o aquel misterio, por este o aquel matiz...

De donde resulta una prosa lenta, abundante, recargada, en que el autor no deja cabo suelto; una prosa apta, no sólo para exponer o describir un tema, sino para molerlo y triturarlo. Esto, en el fondo, es un placer para el que escribe y, en algunas ocasiones, para el que lee: un placer con dolor y con ansia, como todos los placeres intelectuales. Ciertas páginas desgarran, irritan; otras nos resuelven, al fin, hondos enigmas, que nos acobardaban y nos tenían avergonzados de nuestra impotencia.

Esa prosa no puede menos de ser deleitable y de gustarse, a sorbos o entre descansos, como el buen vino y el buen amor. Pero esa prosa hay que gustarla en su propia fuente, y entiendo que un español, por docto que sea en la lengua gala y por identificado que esté con Francia (en su arte y en sus costumbres), no llegará nunca a deleitarse como un francés con los libros de Marcel Proust.

¡Que me presenten al lector francés, imbuido en vida e idioma hispánicos, capaz de gozar tanto como yo, no ya con las *Moradas*, sino con la simple lectura de *Quijote*!

Marcel Proust, el psicólogo insaciable de *A la recherche du Temps perdu*, es reconcentradamente francés. Los españoles no lo entenderemos nunca del todo, como entendemos a Stendhal, que es un psicólogo más simple, un prosista sin refinamiento, y en quien se encuentra algo que hasta hace poco se creía imprescindible y de lo que ha prescindido Proust: el propósito de interesar, de conmovir. En Proust la anécdota es menos que secundaria, el «asunto» no existe. A Proust

sólo le importa analizar, roer... Es un roedor. Esta es la palabra, y no es mía.

Es de Jacques Rivière. (*Nouvelle Revue Française*, febrero de 1920; estudio sobre «Marcel Proust et la tradition classique»). Rivière escribe:

«A partir de Stendhal, se produce en Francia una degradación continua de

bre «algunas» de las complejidades del corazón humano.

Según Rivière, no es así. Flaubert no penetra nunca la sensibilidad ajena, «la sigue mal, no la descompone; no sabe captar sus caprichos y sus matices».

Le preocupa la idea de encantar literariamente de hacer música con la prosa.

pués, nada. Proust no pretende reformar, sino explicar; no es un optimista, ni un ateo, ni un creyente, ni un revolucionario, ni un reaccionario... Es un analista, un disecador de almas. Gide aplaude, estremecido de gozo, la inutilidad definitiva de los experimentos de Proust. La fórmula del arte por el arte se ha

hecho vieja. Ahora hay que decir (si siguiésemos a Gide en su frenesí proustoniano): «El arte por el placer del artista, y nada más». Yo no lo diré nunca. Pero admiro a Proust, porque representa altivamente ese tipo del escritor egotista, que, por acción o reacción, modifica el movimiento de la literatura de su época.

Hablo de egotistas. ¿Y Barrès y su «culto del yo»? Rivière escribe: «No hay en los tres o cuatro volúmenes del *Culte du Moi* el más pequeño embrión de descubrimiento psicológico... Con toda su buena voluntad y con todo el aparato de que se rodea, Barrès no llega a vencer la hermética noche interior que le tortura».

Puede ser. Pero ¿hay axiomas psicológicos? De todas suertes, Proust va en busca de ellos minuciosamente, voluptuosamente.

«El grande y modesto caminar al través del corazón humano, que los clásicos habían iniciado, recomienza.» «El estudio de los sentimientos» realiza nuevos progresos. Nuestros ojos retornan a la verdad interior. Nuestra literatura, un momento sofocada por lo inefable, vuelve abiertamente a ser lo que en su esencia ha sido siempre: «un discurso sobre las pasiones».

Todo esto—es decir, una nueva edad literaria francesa—, gracias a Marcel Proust. De Stendhal a Proust, entonces, una enorme laguna en el estudio de los sentimientos y una ausencia casi total de psicólogos.

Tales afirmaciones requieren un contraste o comprobación que no son para intentados en un artículo. Además, ¿lo soportaría fácilmente el lector español? No lo creo. Aunque los libros de Marcel Proust hayan comenzado a verse al castellano, no puede decirse que Proust sea leído en España. Conviene esperar a que esto ocurra, para hablar de él como ya puede hablarse de Stendhal. Pero, en realidad, ¿es traducible Proust? Un novelista que prescinde de la acción, de la fábula, de la anécdota; un novelista antinovelsco, es, por su propia esencia, intraducible. Traducirle es desvirtuarle. Siendo tantas las palabras de cualquiera de los libros, en serie, de Proust, ninguna admite sustitución o equivalencia. Son libros cristalizados, intangibles.

Lo que hace falta es que Proust sea leído por los españoles, pero en francés. Esto—y no será pequeña la ventaja—les obligará a estudiar de veras un idioma que, generalmente, conocen de oídas, pero no de trato.

Alberto INSUA

TIPOS DEL MADRID CASTIZO



«UN FILÓSOFO», DIBUJO A PLUMA DE A. SÁNCHEZ FELIPE

del nuestra facultad, tan antigua e inveterada, no obstante, de comprender y traducir el sentimiento. Flaubert representa el momento en que la dolencia se hace aguda y alarmante.» ¡Grandes y peligrosas afirmaciones! Sin esbozar siquiera un debate contradictorio acerca de si el don psicológico es exclusivamente un don del alma francesa; admitiendo por ahora, y a título provisional, la afirmativa, a mí me cuesta mucho trabajo desprenderme de la idea de que *L'Education sentimentale* y *Madame Bovary* son dos novelas psicológicas, en las que Flaubert descu-

En cambio, Proust renuncia «con cierta severidad» a todo artificio de sugestión. «No quiere sugerir, sino encontrar» (*re-trouver*: encontrar lo que se había perdido). «Ataca los sentimientos y los caracteres por los detalles; no desespera de llegar a darnos su silueta o su contorno; pero sabe que eso llegará más tarde. Por de pronto, raspar, mordisquear (*grignoter*). Es un roedor...»

Admitido. Proust descompone poco a poco el muñequito humano, para descubrir sus resortes y apreciar cómo se gastaron con el tiempo. ¿Y después? Des-

LA DANZA CLÁSICA Y EL BAILE CASTIZO

DICE Havelock Ellis en su libro «El alma de España»: «La danza es en España algo más que una diversión. Forma parte del solemne ritual que penetra la vida entera del pueblo. Expresa su verdadero espíritu.»

El celoso defensor de nuestra integridad nacional ha fruncido ya el ceño. Pues, ¿cómo se entiende? ¿Su verdadero espíritu? ¿Es que no más ha de encarnar en bailarinas y toreros?

Inútil será pretender convencerle con razones de que no el inglés admirador del baile andaluz, mas él, que en tan poco lo tiene, es quien desprecia el espíritu que se jacta de defender como propio, en una de sus manifestaciones artísticas más depuradas y excelsas. No se resiste, con todo, a acompañarme a un teatrillo de los que llaman de variedades, cuyo cartel anuncia la presentación de un célebre cuadro flamenco. Nuestro antagonista se complace de vez en cuando en tales espectáculos pintorescos; sólo se niega a participar en ellos, no ya bailando, cantando o jaleando a «cantaos» y «bailaos», que eso tampoco a todo el mundo le es dado ni son favorables a semejante comunión todos los ambientes y circunstancias; pero ni con el pensamiento, pues que su alma sigue ajena a toda sollicitación emotiva. Es decir, viendo y recreándose, mas sin esforzarse a comprender lo que no siente. No sabe que inhibiéndose de tal suerte, sin querer, reniega de su casta.

Me atrevo a decirle que nos hallamos probablemente ante uno de los poquísimos vestigios vivos del arte clásico. En el repiqueteo de esas castañuelas hay un eco de danza griega, y no digamos en el indumento de las bailaoras o en la severa majestad de sus ademanes hieráticos. Esa guitarra del tocaor se usaba hace dos mil años en Egipto; ejemplo de ello tenemos en los instrumentos que en el Museo Británico se guardan con la momia del músico Ankh-Hapi. Ciertamente la crasitud de la danzarina y la propensión a concentrar el ritmo de sus ondulaciones en una intención lasciva, directamente expresada, denotan la decadencia árabe y aun mora, el retroceso a un orientalismo impuro. Asimismo el alarde de los coreadores tiene más de marroquí que de dyonisiaco. Ello añade nuevos elementos a la demostración. Querámoslo o no, estos flamencos continúan la historia de España.

Mi buen español encuentra luego un buen motivo en que fundar su repulsa a semejante espectáculo fuera de su órbita, una vez descartado lo meramente pintoresco. El motivo es este: Demos por buenas esas hipótesis aducidas, bien que mal, en abono del *casticismo* del baile andaluz. A esta *Macarrona* y esa *Rubia de Jerez*, como a aquel *Estampío* o estroto Montoya, vestales y sacerdotes de un culto inextinguible cuanto bárbaro, les falta arte. Ni más ni menos. Podrá ser el suyo un rito cabalístico, cuyo sentido oculto perciban los iniciados, donde los más no vemos sino el alarde exterior o, en todo caso, la manifestación de un fenómeno histórico o social sin categoría artística. Eso no es arte. Le falta la conciencia propia, la razón de su sentimiento.

El antagonista se ha atrincherado en una posición fuerte. Está seguro de mi convencimiento. Yo, que no sé argüirle con puras disquisiciones, ni he aprendido a sentir el arte en los centros de estudios históricos, me lo llevo otro día a ver bailar a una artista.

Mi buen español tiene razón en parte. El alma española, elaborada artísticamente a través del tiempo, no puede tener una expresión balbuciente; el escu-

po en el suyo, y que llevada en alas de la música por ese instinto superior que los poetas llaman inspiración, resume en unos pasos de baile español la divina gracia, cuyo movimiento trasciende hasta nosotros, a través de los siglos, en el eterno femenino de las tanagras clásicas.

Viendo bailar, acompañada a la guitarra, a Antonia Mercé, la Argentina, el español irreductible y yo llegamos a un acuerdo.

C. RIVAS CHERIF

APUNTES Y CANCIONES

Del olivo al mar

Córdoba serrana,
en el Romancero
Córdoba la llana.
Todo el río es vega
y los prados braman.

Torreblascopedro,
Torreperogil...
¡Quién fuera una torre
del Guadalquivir!

Con la blanca luna,
sobre el olivar,
se ha visto al mochuelo
volar y volar.

Trota, borriquito,
de ramón cargado
de verdes olivos.

Dondequiera vaya
José de Mairena
lleva su guitarra.
Su guitarra lleva,
cuando va a caballo,
a la bandolera.
Y lleva el caballo,
con la rienda corta,
la cerviz en alto.

Del alto Duero

En la sierra blanca,
la nieve menuda
y el viento de cara.

Por entre los pinos,
con la blanca nieve
se borra el camino.

Recio viento sopla
de Urbión a Moncayo.
¡Páramos de Soria!

Camino de Extremadura
los merinos van,
y el mastín con su carlanca
y el pastor con su cantar.

Guárdame la fe,
que yo volveré.

Que yo volveré, amor mío,
cuando tengan hojas verdes
los álamos del camino.

Contigo en Valonsadero,
fiesta de San Juan,
mañana en la Pampa
del otro lado del mar.

Guárdame la fe,
que yo volveré.

Mañana seré pampero,
y se me irá el corazón
orillas del alto Duero.

Antonio MACHADO

COSAS DE ANTAÑO—LA CORTE EN MADRID

AQUEL abúlico y devoto Monarca Filipo, tercero de su nombre, que hubo de ser el comienzo de la rampa por donde principiara a deslizarse el poderío de España, hartóse presto de haber mudado el asiento de su monarquía a la hidalga ciudad de Valladolid, a donde hubieron de llevarle, más que la propia intención, los egoísmos de su primer ministro D. Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma.

A los cinco años de tan descabellada mudanza, por la que todo había sido trastocado y revuelto, tentó la villa matriense la codicia del favorito y tornaron a su cauce, de donde no debieron salir, las aguas de la monarquía.

Las quejas de los madrileños no habían cesado desde que se quedaron sin su primer vecino, pues aquel traslado había paralizado casi totalmente la vida de la antigua capital del reino.

La industria y el dinero habíanse ido en seguimiento del Rey, y aquí no quedaron sino la pobreza y la lástima. Brazos que trabajaban de continuo, no para procurar el sustento de los agobiados cuerpos, sino para rendir tributo a las alcabalas e impuestos, que eran enormes arcades que iban a dar en las insondables arcas del de Lerma y sus

allegados, dejando algunas gotas en la raída escarcela del Soberano fanático y muelle.

En los comienzos de 1606 hallábase el nieto del César divirtiéndose en el recreo de Ampudia, villa del privado, a la que no se dejaba llegar eco alguno de aquellas voces lastimeras con que España lamentaba su hambre, cuando presentáronse de improviso el corregidor y cuatro regidores de Madrid, quienes, ya que el Monarca no había atendido sus ruegos como justas quejas, venían a exponerlas como negocio; es decir, pagándolo bien.

En cuanto Felipe oyó que la puente para pasar a Madrid era de oro, prestó toda su atención y escuchó con mucho cuidado todos los capítulos que fuéronle exponiendo. Asimismo atendía el privado con muy buen rostro. En aquel punto y hora dió al olvido cuanto le otorgara Valladolid al pedirle el honor de tener en su suelo el trono de la monarquía hispana.

El trato era el siguiente:

Su Majestad sería agasajado con doscientos cincuenta mil ducados, pagaderos en dos plazos de cinco años, y con la sexta parte de los alquileres de todas las casas durante ese tiempo.

«A más de ese servicio—dice un historiador de entonces—afreíanse a dar al duque de Lerma las casas que eran del marqués de Poza, valuadas en 100.000 ducados, y a pagar a los duques de Cea, hijos del favorito, los alquileres de las fincas del marqués de Auñón y del licenciado Alvarez de Toledo, que se destinaban para su vivienda...»

Para todos hubo promesas, que presto hubieron de ser pingües realidades, a fin de que todos hubiesen decidido empeño en volver a la villa que aún no es ciudad y desde entonces ha sido sin interrupción corte de las Españas.

Aun el secretario del despacho D. Pedro Franqueza hizo bellaco honor a su apellido recibiendo de antemano mil ducados para que no dejase de machacar cada día sobre las conciencias del Rey y del privado, si por acaso velábase algún escrúpulo.

Pero sin duda pudieron ahorrar este agasajo los buenos ediles de nuestro Concejo y emplear esa cantidad en procurarse alguna más comodidad y mejor trato en el infierno de las posadas en que habrían de arrumbar mientras les durase el viaje, pues que las razones fueron de tanto peso, que ya desde las primeras palabras estaban el Soberano y el ministro persuadidos de hacer vida en Madrid hasta la hora de su muerte.

Mandóse publicar la orden de la mudanza, dando como pretexto el ser de utilidad para la salud del reino y buen gobierno de la monarquía. Todos los consejos hicieron punto en los negocios para atender solamente a la materialidad del traslado.

Valladolid fué un valle de lágrimas, porque de una mano a otra íbase todo el prestigio político y comercial, quedando en aquella misma espantosa miseria en que cinco años antes quedara Madrid...

Elevó sus protestas la metrópoli castellana, y aun parece que tuvo la energía de echar en cara al codicioso y desaprensivo ministro los favores que recibiera cuando desde las márgenes del humilde Manzanares pasó el alojamiento del Poder Real a las orillas del sediento Esgueva. Mas a todo hizo, como dicen, oídos de mercader.

El hijo de Felipe II pensó que lo mismo podía cazar en los montes de El Pardo que en los breñales de Castilla; que igual se tomaba chocolate y se danzaba devotamente con las monjas de Santa Clara de la pinciana ciudad que con las ricas-hembras de las Descalzas Reales.

Don Francisco de Sandoval tuvo en cuenta que lo mismo haría su agosto en una que en otra parte, y aun en ésta mejor que en aquella, pues a la postre siempre que pasara por la plaza del Ochavo habían de topar sus ojos con un garfio clavado en uno de los muros, que fué donde estuvo hincada la cabeza de don Alvaro de Luna.

A cuatro días del mes de febrero de 1606 entraron en Madrid Sus Majestades D. Felipe y doña Margarita de Austria.

La villa se alborozó notablemente, que no parecía sino que con aquella recuperación de su muy amado Monarca veía entrarse por las puertas la eterna felicidad.

Fiestas de toros, comedias, romerías; de todo hubo.

Madrid echaba la casa por la ventana.

Los consejos trasladábanse muy despacio; la falta de dinero obligábalos a llevar paso de tortuga, de suerte que los negocios del Estado andaban como Dios quería.

Pero divertíase el Rey, los ministros medraban vergonzosamente, y todo se daba por bien empleado.

Diego SAN JOSE

Lo que hubiera podido decirnos el insigne Anatole France en su residencia de Tours.

UN VIAJE IMAGINARIO

Plagios, anécdotas, senectud florida del maestro.—En lo que estima el premio Nobel.

TIENE Anatole France una casa preciosa en Tours. Se halla situada en lo alto de Saint-Cyr; la rodea un jardín... «de Epicuro». Esa casa es cual otro libro de France. A ella vamos en este invierno, completamente primaveral, de 1922.

Se le otorgó no ha mucho al maestro el premio Nobel de literatura, y casi simultáneamente apareció una nueva edición de *Les contes de Jacques Tournébroche*. Kees Van Dongen, el conocido pintor, expuso recientemente un retrato de France que dió motivo para comentarios apasionados y curiosos.

Nos sobran razones, como periodistas, para visitar al autor de *La isla de los pingüinos*.

Ya en Tours, decimos al auriga:

—¿Quiere usted llevarnos a casa de M. France?

—¿A la Bechellerie?

—¡Justamente!

—El caballo se cansa mucho... Camino en cuesta... Consiento porque es usted extranjero, y los norteamericanos, en los tiempos de guerra, nos han calumniado de modo infame... ¡Suba usted, aunque sea español!

El cochero prefiere no oír nuestros insultos. Y emprendemos la excursión. Aparece la Bechellerie, esbelta y cerrada. Los árboles, casi desnudos; sin flores el jardín...

Con toda solicitud se nos acoge en la casa del maestro. Unos instantes y avanza hacia nosotros M. Anatole France. Sonríe, extiende los brazos... Se toca con la pequeña *calotte* de cordones rubí; una borla, como distintivo cardenalicio, acaricia sus blancos cabellos. Le rogamos que vuelva a sumergirse en su amplia poltrona.

—¿Es usted? ¿Cómo vamos? ¿Y nuestros compañeros? ¿Qué dicen? ¿Qué hacen en París? ¡No me fatigo, gracias!...

—Yo vengo de Madrid, maestro.

—¡Mejor! Ahora sé mucho de España. He oído cantar a Raquel Meller y pude felicitar a Gómez Carrillo. ¡Al fin ha dado el viajero con su isla! Y no para reposar según parece, ¿*n'est ce pas?*

Asentimos.

—En Madrid, como en París, unos, mirando a Rusia, o a los Estados Unidos, o al Japón, se preocupan de la suerte del mundo; otros le siguen leyendo a usted... Esa última edición de *Les contes de Jacques Tournébroche*—Jacobo Dálevuelta, como lo traduce Ruiz Contreras,—nos ha encantado por su aroma de juventud y su buena gracia. Además, como M. Gustave Michaut, profesor de la Sorbona, erudito terrible, comentando ese libro, dice que es usted un plagiario, «un hombre de tan poca imaginación, que jamás ha inventado nada»...

—Michaut me linsonjea. Quiere atribuirme excelencias y virtudes que no poseo. No he leído su crítica... No leo a los críticos. Y es porque a mi edad ya no podría perfeccionarme.

—Un escritor español afirma que fué usted perfecto desde su primer libro.

—¡Perfección!... ¡Palabra vana y tan ambiciosa! Pero las palabras no pueden alterar la realidad. También se me llama joven. Los años castigan. Hay una anécdota... Creo haberla referido en alguna parte. La dulce miss Elliot la cuenta en sus *Memorias*. Los patriotas habíanla encarcelado. Tenía como compañero de celda a un médico de Ville-d'Avray, discípulo de Lamettrie, muy dado al materialismo. Este viejecito lloraba su suerte. Miss Elliot, en cambio,

no estaba triste. Aproximándose al anciano, quiso consolarle:

—Señor, quizá nos espere la muerte. Pero no hay que afligirse... Míreme usted. Yo no lloro.

—Señora—repuso el médico—, cierto que usted es buena, bella y sana. Pierde usted mucho al perder la vida; pero como no ha llegado usted a la serena reflexión, no sabe usted discernirlo. En cambio yo, viejo, enfermo, pobre, soy filósofo y físico. Tengo la noción que usted no aprecia de la existencia. Conozco el valor de lo que pierdo, y eso me vuelve triste.

Ese filósofo tenía razón, ¿*n'est ce pas?* La filosofía no es tan consoladora como se cree...



EL GRAN ESCRITOR Y MME. ANATOLE FRANCE, «TICO», COMO EL MAESTRO LA LLAMA, EN UNA TERRAZA AL BORDE DEL MEDITERRÁNEO

—¿Olvida usted el deleite del recordar? —Los recuerdos... Sí... Verlaine escribía:

«Je me souviens... Je me souviens, et c'est le meilleur de mes biens...»

¡Pobre Lelian! Le quise mucho. Por él fui una vez a la Comisaría... Una noche de nieve tuvimos la idea de esculpir personajes mitológicos, ornados con todos sus atributos. Llegó un agente y, con asombro e indignación, contempló nuestra obra. Verlaine pudo explicarle que quien le escandalizaba era el dios de los jardines y que en otro tiempo se le honraba mucho... No quiso convencerse. Por fortuna, como no estaba el señor comisario, la disculpa fué fácil y recuperamos la libertad...

Se hace un silencio. Advertimos al través de las vidrieras una terraza amplia, un campanario en la lejanía... Luego consideramos pinturas, porcelanas, es-

maltes, cobres, figulinas, unos muebles como de la época de los Felipes de España...

—Estos arcones son del país vasco. Estaban en un caserío cerca de San Juan de Luz. El mueblista los restauró así, como ciertos arquitectos algunas catedrales... Pero, venga usted. Tengo un salón con retratos, apuntes y dibujos de muchos personajes de mis obras. Ellos me defenderían si M. Gustave Michaut me acusara de plagio. Mire usted... Coignard, Tournébroche, la señora Martin, miss Bell, Choulette, Pablo Venec, Silvestre Bonnard y...

—¿Qué opina usted del retrato que le ha hecho a usted Van Dongen?

—El retrato está aquí. Me parece de

inventar nada... Eso me recuerda un artículo de mi amable amigo y traductor, el Sr. Ruiz Contreras, indignado con un escritor que había dicho: «el filisteo de la cultura a quien France dedica su cerámica literaria»... Son bagatelas. Lo malo es que la Academia sueca, otorgándome el premio Nobel, va a dar la razón a mis detractores...

—¿Y qué?—interroga Mme. France.

—Habrá usted advertido que yo no le he felicitado...

—Y lo agradezco. Estimo, sin embargo, el obsequio de las 130.000 coronas. ¿Cuántos francos son? Pero, dígame usted, ¿qué es lo que ha averiguado el profesor Michaut?

—Que *Roxane* está inspirado en *Le Dernier abbé*, de Paul de Musset; la *Leçon bien apprise* se deriva de Olivier Mailard; el *Chanteur de Kymé*, recuerda pasajes de autores griegos y versos de Chénier. Añade que *Komm el Arabata* ha surgido de los *Comentarios*, de César; que se inicia ese cuento con frases calcadas en otras de Renan, y por fin que en la *Farinata degli Uberti* hay evocaciones del Dante, Maquiavelo y de varios filósofos de la Italia renacentista. Lo terrible y cómico, querido maestro, es que, coincidiendo con esos cuentos de usted, se ha reeditado un libro de 1670, titulado *Le comte de Gabalis ou Entretiens sur les sciences secretes*, del abate Montfaucon de Villars...

—Conozco el libro... Podría hasta enseñarle una edición rarísima que poseo.

—Pues afirma Michaut que en ese libro se ha inspirado usted para escribir *La Rotisserie de la Reine Pedauque*...

—¡Dios del cielo! Arrebatarle la paternidad del Jerónimo Coignard... ¡A lo que se atreve un profesor de la Sorbona! ¿Y nadie me ha defendido?

—Sí; Paul Souday, en Francia. En España no se han preocupado, ni siquiera el Sr. Ruiz Contreras.

—Y usted, ¿qué opina?

—Nada, maestro. Está bien que se digan esas cosas. Hay quien supone que es usted un egregio espíritu, un perfecto escritor, todo orden, medida y claridad. Otros dicen que carece usted de sensibilidad, que no es usted artista. Y usted, maestro, ha escrito: «El arte degenera a medida que se desarrolla el pensamiento. En la Grecia de Aristóteles no había escultura. Los artistas son seres inferiores: crean sin saber cómo, igual que las mujeres embarazadas. Un hombre de talento, no produce nada bello ni grande...» ¿Usted tiene talento, M. France?

—Temo responder, querido amigo. Creo que no he tenido talento, sino talentos varios; un amor por la belleza y acaso un culto noble por la verdad. Lo demás no me interesa. Por todo eso me preocupa ahora esta post-guerra y el ejemplo de Moscú. El mundo, aunque sigue siendo muy pequeño, ya no cabe en la cabeza de un hombre... Acaso mi próximo libro se titule: *Un pingüino en Moscou*. Todos esos críticos pueden tener razón; pero tener la razón no es poseer la verdad. La verdad cambia a cada instante. ¿Cuándo volverá usted a vernos, querido amigo? Porque volverá usted, ¿*n'est ce pas?*...

Con estas palabras terminó nuestra entrevista—dos horas exquisitas—con el maestro, Pontífice sumo de las letras francesas, M. Anatole France.

Y ya estamos en Madrid.

Francisco de LLORCA

Poemas de Eugenio de Castro

— MANOS —

Manos de terciopelo,
manos de mártir y de santa,
vuestro ademán es dulce,
como de palmas balanceantes;
vuestro ademán que llora,
vuestro ademán que implora,
vuestro ademán que canta!

Manos de terciopelo,
manos de mártir y de santa,
tórtolas revoloteantes
sobre la negra torre de mi alma...

Pálidas manos, que sois,
como dos lirios enfermos,
Hermanas de Caridad
del hospital de mi alma;
vuestro ademán es como
el balanceo de una palma,
pálidas manos que sois
como dos lirios enfermos...

Manos esbeltas, manos
de magistral hermosura;
manos de perlas, manos
color de viejo marfil;
dos pañuelos que, a lo lejos,
piden auxilio por mí;
dos velas en la rada,
frente a mi bahía oscura.

¡Oh, mimo de carne! ¡Manos
afiladas y graciosas,
que de mis sueños de amor
sois las rientes meninas;
manos divinas, que antes
me coronasteis de espinas
y que ahora me ceñís
una corona de rosas!

Manos de reina, ahijadas de la Luna,
perpetuo amanecer frente a mi noche fría;
como dos nietecillos, alegrad el ocaso
de mi alma, vieja abuela paralítica.

JUDITH, DULCE, LAVINIA Y OTRAS

Judith, la que posee
la cabellera blanda y áurea, como el aceite,
Dulce, la dulce, la sumisa.
Lavinia, la que tiene
el gesto hostil y la piel láctea,
de la que fui un esclavo.
Violante, envidia del marfil,
gloria de las trigueñas,
hermosa y peligrosa, como un jardín
cercado de zarzales.
María, la que es pura como un lirio de altar.
Lía, la de las trenzas negras de zarzamora.
Y Guiomar, la embriagadora Guiomar,
viciosa como la emperatriz Teodora...
¡A todas, a todas, las quisiera amar;
a todas ellas las quisiera tener!
Amarlas fugitivamente,
amarlas de partida,
retenerlas sin detenerme...

Quisiera amarlas
como el río ama las flores péndulas en sus márgenes.
Contemplarlas, besarlas, abrazarlas,
embalsamarme sobre sus bocas perfumadas
de un perfume sin par;
prenderlas sin prenderme en ellas,
y partir repentinamente
como el río que va hacia el mar,
para nunca volver a verlas...



La visita a Madrid del glorioso poeta Eugenio de Castro reaviva entre nosotros la fragancia de la genial inspiración del vate lusitano, cuyos versos, para orgullo de la tierra y la raza comunes, son tenidos en España como tesoro propiamente nuestro. Los admirables poemas que hoy reproducimos han sido puestos en castellano por el ágil nomenclador Juan G. Omedilla.

EL PASTOR SOLITARIO

Buscaba en un alma
perfumes amenos;
buscaba perfumes,
sólo hallé venenos.

Quise subir alto
y ser admirado;
quise subir alto,
fui crucificado.

Aquí y allá sólo
espinas cogí;
mala era la vida,
de la vida hui.

Hiceme un cayado
de un cerezo en flor,
y vine a este monte
donde soy pastor.

¡Qué oronda y qué alegre
mi vida sencilla,
tan sencilla y blanca
como mi camisa!

Me despierto al alba,
como el ruiseñor;
diceme las horas
mi reloj de sol.

Como panes blancos
y áurea miel divina.
¡No tiene una Infanta
yantada más fina!

De este apartamiento
jamás me separo;
si siento que llegan,
huyo y nunca paro.

Duermo bien y poco
—cama de retama—,
y mi flauta taño
de tarde y mañana.

Y al llegar la noche
—¡mis horas más bellas!—
veo en su bahía
regatas de estrellas.

No hayan compasión
de este desterrado;
vivo en soledad,
y vivo encantado.

Tranquila en su exilio
vive mi alma incauta;
¡El can es mi amigo,
mi novia, mi flauta!

— SALVE —

¡Salve! ¡Trigueña, desdeñosa y triste;
«llena de gracia» y de frescor sin par!
¡Bendita sea la cuna en que dormiste,
los pechos que te dieron de mamar!

Como una llama azul entre las brasas,
o como un lirio entre los cardos, eres.
¡Torre gentil entre pequeñas casas,
«bendita tú entre todas las mujeres»!

¡Ave, cuerpo virgíneo, orgullo mío,
«fuente sellada» que abriré un día entre
besos tan claros como un sol de estío,
«bendito sea el fruto de tu vientre»!

Tibio refugio, dulce inspiradora,
siempre mi alma entre tus manos ten
y únjame tu mirada negra, «ahora
como en la hora de mi muerte. Amén.»

DE TOLEDO HACIA EL MAR...

Río de acero y de cristal.
Sentadas en las colinas marginales,
las casas miran el espectáculo de las aguas.

Blancas niñas jugueteando
con un anciano de cabellos blancos
y de pupilas verdes;
vuelan las gaviotas a flor de agua:
—¡Tajo, abuelillo de las gaviotas!

Aureo, fulgente como un cáliz,
el sol se baña en la corriente:
—¡Tajo, termas del Sol!

En un navío parten emigrantes:
—¡Tajo, camino de la ambición!

Ya partieron los emigrantes.
Las madres lloran en los muelles:
—¡Tajo, esperanza y llanto de las madres!

Vuelven los emigrantes del Brasil...
Partieron puros; traen oxidadas las almas...
Sienten vergüenza de abrazar
a sus madres humildes:
—¡Tajo, desesperanza de las madres!

En un sombrío buque de guerra
los deportados van hacia el destierro:
—¡Tajo, claro sueño de los calabozos!

Parten los desterrados,
y sus amadas lloran sangre
a la vera del río:
—¡Tajo, desolación de las novias heridas!

Los faroles
bermejos, verdes y dorados;
los faroles de las embarcaciones
destilan pedrerías en las aguas:
—¡Tajo, muestrario de joyero!

Doscientos remos tiene el galeón real,
el galeón dorado
donde van las hijas del Rey:
—¡Tajo, paseo de Princesas!

La abadesa del claustro de los astros, la Luna,
y la comunidad de las sierras de Sirio,
se miran en las finas y plateadas aguas:
—¡Tajo, espejo de la Luna y las estrellas!

Noche: Agua verdinegra...
Un viejo se deja arrastrar:
—¡Tajo, descanso de los afligidos!

Y el río blando,
el río de acero y vidrio ardiente,
entra en el mar, como una novia entrando
al tálamo nupcial, tímidamente.

LA FLOR DE LA LUNA



Sus Majestades Berilo y Berila, reyes de Berilandia, eran los soberanos más dichosos del mundo y de los cuentos. Tenían inmensas riquezas, un pueblo que los adoraba y, sobre todo, tenían a su hija.

Cuando nació la princesa Beraldina, la corte quedó deslumbrada por su belleza, y a medida que fué creciendo, esta belleza aumentó de tal modo, que a los quince años Beraldina era algo así como la octava maravilla del mundo.

Tenía los cabellos más negros y brillantes que el azabache; los ojos, más verdes y profundos que el mar (porque ya comprenderéis que todas las princesas no han de ser invariablemente rubias y tener ojos de cielo); su piel era más blanca que la nieve, y su cutis más delicado que un pétalo de rosa.

Sabido es que a las hijas de los reyes no les suelen faltar los pretendientes; pero jamás tuvo princesa en el mundo el partido que tenía Beraldina. Tal era la fama de su belleza, que todos los príncipes solteros se apresuraron a enviar embajadores a la corte de Berilo para pedirle la mano de la princesa. Y lo grave fué que no fueron sólo los príncipes los que se enamoraron de ella, sino todo aquel que la veía siquiera una vez. Así, cuando Beraldina salía del palacio para ir a paseo, o al baño, o al teatro y recorría las calles de la capital, vestida de blanco, con una diadema de perlas y recostada sobre los mullidos cojines de brocado de su litera de oro, se extendía a su paso un reguero de admiración y de entusiasmo.

Los pretendientes se aglomeraban ante el palacio, y toda la corte estaba atolondrada por los suspiros de los que se sentían sentimentales y las serenatas de los que se sentían musicales.

En el mismo interior del palacio, el rey tuvo que echar a no sé cuántos pajes que olvidaban sus obligaciones y se dedicaban a hacer versos a la princesa, y hasta se vió precisado a pedirle la dimisión al presidente del consejo de ministros, un viejo solterón, calvo y tripudo, a quien sorprendió un día arrodillado, y con la mano puesta sobre el corazón, ante el retrato de Beraldina.

Todo esto llegó a ser realmente enojoso, tanto más, cuanto que la princesa era tan orgullosa y testaruda como bella. A las súplicas de su padre, que le pedía que escogiese un marido entre sus pretendientes más ricos y poderosos, Beraldina contestaba invariablemente que toda aquella gente le era odiosa, que sus pretendientes, desde el príncipe más acaudalado hasta el más humilde paje, le parecían insoportables y ridículos, y que antes se moriría que conceder a ninguno de ellos su mano de azucena.

Sus Majestades Berilo y Berila se desesperaban ante la actitud de su hija. Beraldina se exasperaba por la insistencia de sus padres, y, en resumidas cuentas, todo el mundo estaba fastidiado, y la excesiva belleza de la princesa, en lugar de ser un motivo de satisfacción y de halago, acababa siendo un estorbo y una molestia para todos.

Un día, la princesa resolvió libertarse de la persecución de sus empachosos, vehementes y constantes pretendientes, y para ello se le ocurrió ir a pedir auxilio a su madrina, el hada Jazmina.

Jazmina, que era el hada de los jardines, recibió amablemente a su ahijada,

sentada en su trono de follaje, bajo un dosel de claveles y con una corona de miosotis sobre sus cabellos de oro.

—¿Qué se te ofrece?—le preguntó.

—Madrina—declaró Beraldina, que estaba de muy mal humor, con lo cual resultaba todavía más hermosa—, deseo que me descubras o que me fabriques, si no existe, un lugar donde no me vea asediada por la intolerable caterva de mis pretendientes.

Jazmina reflexionó un instante, mordisqueando distraídamente la punta de la vara de nardo que le servía de varita mágica. Luego dijo:

—Ve tranquila, mi querida ahijada; mañana será cumplido tu deseo.

Al día siguiente, al levantar la persia-

circundado por una muralla de oro con puerta de platino. Palacio, parque y muralla estaban edificadas en el aire, donde, por arte y magia del hada Jazmina, se sostenían a una altura prodigiosa sobre la Tierra.

Con un suspiro de alivio, la princesa se apeó de su carroza y se internó en el palacio, cuyas puertas se abrieron a su paso; las salas estaban tapizadas de tisú de oro; los muebles eran de raso malva brochado en plata; allí no había servidores; todo se hacía por encanto.

Cuando la princesa sintió hambre, pasó al comedor, donde halló una mesa espléndida y abundantemente provista de succulentos manjares, y que se desgarneció sola tan pronto como su dueña hu-



na de su alcoba, Beraldina encontró ante su ventana una carroza hecha con rosas de té y claveles blancos, tan linda, que parecía un coche florido de Carnaval; tiraban de ella cuatro palomas con rientes de violetas de Parma.

Comprendiendo que se trataba de un envío de su madrina, Beraldina subió a la carroza, que desapareció por los aires a todo volar, mientras abajo estallaba un verdadero concierto de gemidos, suspiros y lamentaciones de los pretendientes despechados al ver volar así a su ídolo.

De pronto, la carroza de flores se detuvo ante un palacio de lo más singular del mundo: era un edificio de mármol rosa, rodeado por un parque soberbio,

bo saciado su apetito; cuando la princesa empezó a aburrirse, pasó a la biblioteca, donde había millares de libros de todas clases, cuidadosamente ordenados; cuando tuvo sueño, se acostó en una cama que encontró ya dispuesta en su alcoba.

Beraldina estaba encantada; en su palacio aéreo se sentía tranquila, fuera del alcance de sus pesadísimos pretendientes; no había miedo de que nadie la fuese a buscar allí.

Y, sin embargo, no estaba tan sola como se figuraba. Por las noches, después de cenar, solía darse una vuelta por el parque, respirando el aire, que a tales alturas era excepcionalmente puro, y el aroma de las flores que llenaban el jar-

dín. Luego, solía descansar un momento, sentada en un banco, en un delicioso cenador de follaje. Y entonces los rayos de la Luna la rodeaban y la contemplaban embelesados, sin que la princesa notase siquiera su presencia.

Y tan embobados se hallaban los rayitos blancos mirándola, que tardaban más que de costumbre en volver a su planeta; y el rey de la Luna notó su informalidad y les preguntó severamente:

—¿Cómo habéis tardado tanto?

—Mirábamos a la princesa Beraldina—respondieron.

Y al rey le entraron ganas de conocer a aquella princesa que hacía faltar a sus rayitos a sus deberes de rayos de Luna bien educados.

Una noche, Beraldina se hallaba pensativa en su aéreo jardín, cuando de pronto vió a sus plantas a un caballero muy pálido, envuelto en un manto azulado. La princesa lanzó un grito. ¡Ni en los aires se veía libre de adoradores!

—No te asustes—dijo el misterioso caballero—; soy el rey de la Luna, y vengo a pedir tu mano y a ofrecerte la soberanía de mi planeta.

—Te cansas en balde—contestó Beraldina, despectiva y altanera como siempre—; he jurado no hacer caso de nadie, y no pienso establecer una excepción en tu favor.

—¡Tú no sabes de lo que soy yo capaz!—gritó el rey, furioso—. Mira; aquí debajo, en la tierra, está el reino de tus padres; pues bien: con un gesto de mi mano puedo levantar las olas del mar, que invadirán Berilandia, ahogando a todos sus habitantes.

Y levantó su mano, y Beraldina vió con horror que el mar se iba inflando; las olas se alzaban a una altura prodigiosa; dentro de un momento Berilandia sería anegado y sus soberanos habrían perecido con todos sus súbditos.

—¡Detente!—gritó la princesa asustada—. Te concedo mi mano.

El rey saludó y desapareció mientras el mar recobraba su tranquilidad anterior.

En la Luna, la agitación era inmensa; más de mil obreras trabajaban día y noche en el equipo de la novia del rey, y cada noche el rey iba a visitar a la princesa, llevándole por montones collares de perlas y brillantes de un tamaño, un brillo y un oriente desconocidos en la Tierra. Un día, Beraldina dijo a su prometido:

—No me importan las alhajas, los trajes ni el equipo que me regalas; quisiera algo más extraño, algo distinto de todo lo que hubiera visto hasta hoy; por ejemplo: quisiera una flor de las que sólo crecen en tu planeta.

—¡Eso es imposible—exclamó el caballero del manto azulado—. Las flores de la Luna, inofensivas para mí o mis súbditos, poseen para los vulgares mortales propiedades terribles; las hay rojas, que

vuelven loco al que las respira; las hay azules, que vuelven fea a la mujer más bella; las hay verdes, que proporcionan un sueño eterno...

—Quiero una de estas últimas—declaró Beraldina—; quiero una flor verde. Te prometo que no la respiraré.

El rey se resistió algún tiempo.

—Cuando seas reina de la Luna, tendrás todas las que quieras sin peligro—decía.

Pero Beraldina se empeñó de tal modo en tener en seguida una flor verde, que el rey se vió obligado a ceder.

La víspera de la boda, le entregó una flor de la Luna, verde, que era la cosa más extraña y maravillosa del mundo; pero se la entregó encerrada en un tubo de cristal.

Beraldina lo cogió, lanzó a su prometido una mirada implacable de odio y de desafío, y, rápidamente, rompió el tubo

y respiró la flor verde con toda su alma.

El rey lanzó un grito; pero ya la princesa yacía en el suelo, dormida para siempre.

Desde aquel día, el rey de la Luna se pasa las noches errando, triste y meditabundo, por el cielo, entre las estrellas, y al amanecer, antes de retirarse a su planeta, va al palacio aéreo y contempla a la princesa, que yace siempre dormida sobre un banco del parque, con la flor

verde fatal entre sus dedos de azucena.

En la Luna, los rayitos blancos no hablan de otra cosa más que del sueño eterno de la princesa y de la tristeza incurable del rey; y en la Tierra, que yo sepa, no ha vuelto a nacer mujer alguna, ni tan bella ni tan orgullosa como la princesa Beraldina.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

ANTORCHAS

Con la mejilla derecha apoyada sobre la palma de la mano, de codos junto al pequeño velador, doña María de las Mercedes meditaba profundamente. Se hallaba en la pequeña estancia, mal iluminada por la oscilante llama de la bujía. Eran ya dadas las diez de la noche, y en el silencio de la hora percibíanse claramente los varios y nocturnos rumores del caserón: crujidos de puertas y blandos golpes como de extrañas pisadas en la sombra, y fuera, en las solitarias callejas del poblachón, el lastimero zumbido del viento encallejado por las rúas estrechas y tortuosas, que azotaba los viejos muros, resonando como un quejido profundo y triste. Una sacudida más enérgica estremeció las vidrieras, y entonces doña María de las Mercedes alzóse del asiento con resolución y abrió los balcones, asomándose. La noche estaba triste. Era a fines de octubre y la luna, mal encubierta entre los espesos nubarrones, filtraba a intervalos una claridad lívida. Por la derecha, a una relativa distancia que la noche fingía como lejana, advertíase la maciza mole del Campaular como un pesado torreón, mancha negra y enorme envuelta en su propio sudario de silencio y de sombras, amenazante desde su altura como un peñasco casi descolgado, hosco igual que una mazmorra, poderoso como un rompeolas contra el viento y funerario lo mismo que si fuera un vasto túmulo cubierto de enlutados crespones.

Doña María de las Mercedes, que miraba con ahínco y fijeza la sombría mole del Campaular, murmuró: «Allí está mi hijo». Luego, como si adoptase una resolución inaplazable, exclamó: «¡Ahora lo sabré!»

El histórico y ya ruinoso palacio del Campaular había sido siempre la casa solariega de los Llanos de Solís; pero desde el misterioso fallecimiento de don Diego Llanos, esposo de doña María, había quedado completamente deshabitado. Fué aquella una época tenebrosa y triste en que las repetidas desgracias dieron lugar al engendro de la superstición, porque fenecían en poco tiempo tal número de criados y familiares, juntamente con el esposo de doña María y dos de sus hijos, que el popular clamor señaló el edificio como castigado por una maldición, y atemorizada la viuda, resolvió abandonarlo, trasladándose entonces a la actual residencia.

El Campaular quedó en completo abandono, sin un mueble ni un tapiz, cerrado y vacío. En la rápida fuga de señores y criados, dejáronse abiertos algunos ventanales del piso alto, y en las noches de viento, y durante todo aquel invierno, resonaron los golpes de las maderas como furiosos alaridos. Resonaron hasta su completa destrucción; y después, desde el año siguiente y en todos los sucesos, ya no se escuchó nada, y era el silencio de ahora, como el estruendo de antes, fuente de susto y de temores, presagio de males y nuncio de acontecimientos terribles, como si el alma del Campaular, ya muda, ya rugiente, formulara desde su cumbre agoreras y vaticinios, la desgracia y la fortuna, el

presente y el futuro de los Llanos de Solís, del ilustre retoño, a la sazón adolescente.

Tal era la leyenda de terror que acerca del abandonado palacio habíase ido creando, y nadie en el pueblo hubiera osado visitarlo, reputándose como temeridad inaudita el aproximarse a sus muros por la noche. Y así ya no le fué posible a doña María enajenarlo, ni atreviase nadie a intentar su restauración ni su demolición, aunque bien lo deseaba la señora.

Pasaron los años, y era ya entrado el décimoquinto desde el fallecimiento de D. Diego. El pequeño Inigo, hijo único y ya gallardo mozo que en su adolescencia recordaba el temple y la figura de su ilustre padre, fué enviado a la corte con el afán de medrar al lado de nobles caballeros. Abrigaba doña María la esperanza de que el hijo alcanzase un alto puesto en Palacio, y, mientras, ella dábale innumerables vueltas a un doblón y adiestraba su entendimiento en las sabias artes de la economía, esforzándose en detener la bancarrota que cerníase como tormenta muda sobre la hacienda de los Solís. La señora tenía una gran fe en los nobles destinos de su hijo, y como poseía un firme espíritu religioso, oraba con fervor y con tenacidad.

Fué una tarde de junio cuando el joven Inigo presentóse inesperadamente a su madre. Regresaba pálido, con las pupilas apagadas y profundas, mustiada toda la varonil lozanía de su juventud. La señora sobresaltóse y se afanó en cuidarle, maldiciendo las secretas trampas y venenosos cepos de la corte, en donde debía de haber caído Inigo. Este no revelaba su secreto, a pesar de los ruegos maternales; pero la intuición descubrió lo que callaba el labio, porque pronto se supo de cierta dama hermosísima que había entrado en la villa por la noche. ¿Quién era? ¿De dónde procedía? Inigo, mudo y febril, pugnaba por desasirse de las dulces cadenas del hogar. Por las noches velaba como en acecho de un descuido para huir. Doña María sufrió entonces el aguijón de todos los dolores, y fué tanta la potencia de su excitación y de su inquietud, que repentinamente sintióse dominada por extraña fuerza, ligados los músculos y entorpecida la palabra: la abatió un ataque de parálisis y vióse postrada en un sillón, inmóvil, a merced de su hijo y de los criados. Sólo el espíritu, su gran espíritu, manteníase vigoroso y despierto. ¡Su gran espíritu, todo fe, arrodillado ante Dios, que la prestaba un aliento divino, misteriosas fuerzas de esperanza y de paciencia!

Desde el inmenso sillón patriarcal, hundida en él y a él sujeta como con cadenas, la parálitica vió comenzar el desorden y precipitarse la bancarrota. Inigo alzóse con la suprema autoridad y, como poseído del diablo, comenzó a llevar una vida de trueno. Los criados, que temían a éste, engañaban a la señora, ocultándole el cambio de costumbres, las irreverencias del mozo, sus despilfarros y hasta su temeridad de haber profana-

do con perversos amores el silencio terrible del abandonado palacio, el peligroso y sombrío Campaular, mudo como un panteón, siniestro como mansión maldita. Doña María, con extraordinaria sagacidad, iba adivinándolo todo, fingiendo una ignorancia de enferma y una indiferencia senil, como de un alma que se aparta de las cosas terrenas, próxima a volar. La señora esperaba verse restablecida, porque ya dos veces había sentido una extraña sacudida en todo su sér, como si la sangre—una sangre nueva—circulase con brío por sus miembros paralíticos. Su lengua, hasta entonces tan torpe, articulaba palabras en voz baja, y sus brazos ya no caían inertes sobre los brazos del sillón. Doña María creyó en el milagro y probó sus fuerzas a solas por las noches, cuando no podía ser espíada. Lentamente la parálitica tornaba a su primitivo vigor, al pleno uso de sí misma, y ya convencida, para mejor realizar su pensamiento, ocultó su alegría, fingiendo el mismo estado de quietud, de ignorancia y de impotencia.

Y llegó la noche, la tremenda noche en que doña María iba a rescatar a su hijo. Ella lo veía por las mañanas cruzar los patios de las caballerizas, y lo contemplaba con el alma dolorida, porque el mozo, que más parecía un anciano, pasaba encorvado y temblón, lacrimosos y turbios los ojos y caídos los brazos como faltos de fuerzas. ¡Oh, ingrata suerte la del último Llanos de Solís! Su padre, que en vida soñara para él triunfos guerreros, de aquellas gloriosas victorias que se anuncian en las ciudades con alegres toques de clarín, revuelo de innumerables campanas y griterio jubiloso de todos los habitantes! ¡Y ahora! ¿Qué extraño placer atraería hacia el Campaular a su hijo? ¿Qué verían los ojos de su hijo dentro de los vacíos salones del castillo en las tristes horas de la noche? Doña María deseaba saberlo pronto. La impaciencia ponía alas en sus piernas torpes de cincuentona. Luego de haber salido sin ser notada, cuando se vió en la calle sola, en aquella terrible noche de ventisca, sintió que la flaqueaban los ánimos. Arrebuada en sus tocas, llevando consigo las pesadas llaves de cierta puerta secreta del palacio, andu-

vo unos minutos. Acercóse con resolución y abrió. Delante, en toda la longitud del dilatado pasillo, no se veía nada. Una oscuridad más densa que afuera y un chorro de aire húmedo que la mojaba el rostro. Entró. Marchaba a tientas, guiada por el tacto, por el recuerdo y por el oído. Al poco rato, un rumor alegre la orientó. Y luego de salvar varias escaleras, hallóse frente a la puerta de la gran sala, en pleno centro y corazón del Campaular. Una cortina de turbia luz bañaba el pasillo a cada oscilación de la puerta que el aire removía. La señora, en cuanto oyó la voz de su hijo—moribunda y cascada voz fingiendo mentidas alegrías—, presentóse con resolución, exclamando: «¡Inigo! ¿Quiénes profanan el salón mortuario de tu padre y la morada de tus antepasados? ¡Inigo! ¿Qué se hicieron tu juventud y tu valor? ¿Cómo te envileces y te suicidas? ¿Qué fuerza ha torcido la recta dirección de tus pasos, encaminados a la grandeza y a la gloria? ¡Inigo, Inigo! Vete a casa de tu madre y arrepíentete de tus culpas rezando. ¡Arrepíentete de tus pecados y prepárate a ser hombre otra vez! Y tú, mujer de la ciudad, mujer fascinadora y perversa, que no has sido nunca madre, vete de aquí ahora para que no perezcas en el incendio de este profanado palacio. ¡Vete!»

Estaban en el salón con Inigo, y con una bellísima mujer que le tendía los brazos, hasta una docena de jóvenes, que bebían a su costa y a su costa cenaban. La aparición de doña María les sumió a todos en extraño letargo y susto. Luego dispersáronse con prisa, y no fueron Inigo ni su dama de los postreros en escapar. Inigo, estremecido por la cavernosa y amenazante voz de su madre, dudando de que evidentemente fuese ella misma y aun imaginándose que todo era aviso del cielo, hizo entrega de la mujer a uno de sus acompañantes, que él sabía era su rival...

Y ya en su casa, arrodillóse ante un crucifijo, y al amanecer le sorprendieron de esta suerte las pálidas luces del alba y las llamaradas vivas del incendio del Campaular.

Roberto MOLINA

CUENTO EJEMPLAR

AQUELLA tarde lluviosa de domingo, el joven matrimonio se fué al teatro; la cocinera puso proa a los Cuatro Caminos, a ver en qué paraba lo de un pretendiente que le había salido quince días antes, y la chica «para todo» se quedó en la cocina, aprendiéndose a voz en grito, con repetidos ensayos, los cuplés de moda, que constaban impresos en una hoja que le había dejado un ama de cría del entresuelo izquierda, luego que le juró por la gloria de su madre que se la devolvería. Los dos niños de la casa, Rosina y Carlitos, guapos y muy revoltosos, como corresponde a los nueve y siete años de servicios que, respectivamente, llevaban en el mundo, se trasladaron al amplio mirador del gabinete, provistos de todos sus juguetes, a más de

la nutrida biblioteca infantil de que disfrutaban, de sus cuadernos de dibujo y de veinte mil cachivaches que, bien administrados, podían proporcionarles sus buenos veinte minutos de esparcimiento tranquilo. En la reserva disponible quedaban lo que pudiéramos llamar «juguetes de los papás»; la pianola, el gramófono, las máquinas fotográficas, etc. La tarde, pues, se presentaba estupenda.

Optaron por que fuera la lectura el primer número de aquel programa monstruo, y eligieron el libro de cuentos más reciente, porque los demás se los sabían de memoria. Era un libro de aventuras de dos buenos hermanitos que, mire usted por dónde, venían a ser de la misma edad que los dueños del libro (aunque acerca de este plural habrá sus más y

suos menos, como se verá más adelante).

Comenzó el niño a leer en voz alta y la niña a escucharle con la mayor atención. A la mitad de la primera página ya se adivinaba que los dos hermanitos protagonistas del libro habían resultado niños prodigiosos en cuanto a bondad, abnegación, amor al prójimo, obediencia a sus padres y aplicación en el colegio; pero lo que más destacaba en ellos era el extraordinario amor fraternal que mutuamente se profesaban. Un día, por ejemplo, el niño se caía al mar, y la buena de su hermana, que no se sabe de dónde demonios había sacado unas formidables aptitudes de nadadora, se tiraba tras él, y en cinco minutos lo sacaba vivo y chorreando, exponiéndose a una cruz de Beneficencia. Pero como en este mundo todo se paga, mientras se trata de personas decentes, otro día en que la niña estaba a punto de servir de banquete a uno de esos terribles lobos que se encuentra uno a la vuelta de cada página, el niño tiró de rifle, y en la mismísima cabezota le pegó un tiro.

El papá de estos niños se mostraba encantado de los buenos sentimientos de sus chicos, y él mismo tenía un corazón que no le cabía en el pecho, aunque no lo representaba realmente, porque el pobre aparecía bastante fachita en los grabados del libro, con un gabancito corto, una barbita negra, terminada en punta, y un sombrero hongo, que le estaba pequeño y que parecía antiguo, como de hombre falto de recursos. Sin embargo, debía de ser rico, porque cuando iba con sus niños de paseo y éstos le pedían dinero para darlo a todos los pobres que iban saliendo a su paso, el hombre entregaba los duros como si le quitaran un peso de encima.

Rosina empezó a dar algunas muestras de impaciencia, porque ella, que leía como una seda, no podía soportar la arbitraria separación de sílabas que hacía Carlitos en los diptongos:

«Qui-en qui-era que hubi-ese vis-to a la fi-era abri-endo sus fa-u-ces con sus di-entes bi-en dis-pu-estos...»

Impaciente y todo, esperó a que el lobo cayese muerto; pero una vez consumado el acto de abnegación del niño del rifle, y visto que la cosa estaba ya encarrilada y en camino de que surgieran las bodas con los príncipes respectivos, arrebató el libro de manos de su herma-

no para seguir ella leyendo. ¡Y aquí fué Troya! Que si me lo trajeron a mí los reyes. Que no, señor; que me lo dió a mí mi madrina. Que no es verdad, que eso fué el Juanito. Que sí, que sí, que fué éste. Que te doy una bofetada. Que lo vas a romper. Que prefiero que se rompa. ¡Pum, pum! ¡Ay, ay! Un cristal del mirador roto y destrucción total del edificante libro. Tantos pedazos se hizo, que el sombrero hongo del hombre de la barba en punta, con ser tan pequeño, estaba en tres o cuatro papeles sueltos.

La chica del cuerpo de casa tuvo que interrumpir un «sí» beinol, echar mano a una escoba y barrer los pedazos de papel y los cristales.

Rosina cogió sus cosas y Carlitos las suyas, y hubieran permanecido toda la tarde apartado el uno del otro, si un monísimo vecinito de la casa no hubiera tenido la ocurrencia de subir a enseñarles su nuevo juguete: un triciclo. La caída de la hoja en otoño es menos copiosa que la cantidad de hojas del empapelado de las paredes que a los diez minutos rodaban por el suelo. Menos mal que el vecinito pensó que estaban abusando de su triciclo y se volvió a su propio velódromo, con gran tristeza de Rosina y Carlitos, que, un poco apurados por el destrozado hecho, pegaron con saliva los dos o tres mayores desgarrones del papel y emborronaron con lápiz la blanca huella de otras cicatrices de las paredes, para mayor disimulo.

Los papás de los niños, que habían ido a ver una función graciosa y salieron del teatro con un humor de todos los demonios, al llegar a casa y enterarse de lo sucedido por una simple inspección ocular, desarrollaron una indignación de doscientos HP; pusieron a la doméstica en trance de dimisión fulminante, prohibieron a los niños volver a recibir amiguitos y, finalmente, les aplicaron una azotaina de las que no recuerdan las personas más ancianas.

Mientras los niños sollozaban, el padre tiró de oratoria:

—¿Es esta la educación que os doy? ¿Es esta una manera digna de portarse dos niños decentes? ¿Os enseñan esto en el colegio? ¿Lo aprendéis en los libros de lectura que os compro? De ahí, de ahí debéis tomar ejemplo.

La niña, que fué la primera en recobrar la tranquilidad, en su propia repre-

sentación y segura de interpretar el sentimiento de su hermanito, contestó ingenuamente:

—Papá: los niños de los cuentos son demasiado buenos y es imposible imitarlos; además, para hacer lo que ellos hacen, hay que tener unos papás que sean muy buenos también.

—Descarada, ¿qué quieres decir?

—Que tú, papá, te has enfadado porque ha venido media hora un niño muy guapo, muy limpiito y de muy buena salud, y los niños de los cuentos, a lo mejor, llevan a casa una mendiga, vieja y paralítica, que han encontrado en la calle, y los papás se los comen a besos por su buen corazón.

—Eso es—dijo el niño, acordándose de un argumento que añadir—. Una vez que unos niños de un cuento se encontraron a un perro flaco y lleno de pulgas, al que unos golfos apedreaban, también se lo llevaron a su casa, y a sus papás les pareció muy bien que tuvieran lástima de los animales, y se pusieron a cuidar al perro todos juntos.

El papá no tenía a mano ningún argumento con que contestar.

—A mí no se me replica—dijo.

Se pusieron a cenar todos silenciosamente, y a poco empezaron a sonreír y conversar. Habían convenido tácitamente en que era ridículo exagerar la bondad de que el corazón humano es susceptible y en que había que transigir y conformarse con que cada uno fuera un poquitito bueno nada más.

Ramiro MERINO

EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502 - Madrid - Librería, Caballero de Gracia, 28

Colección de autores extranjeros

	Pesetas.
VICTORIANO DE SANSSAY, <i>La ciencia del beso</i>	3,50
RENE ENERY, <i>Santa María Magdalena</i>	4,00
MAQUIAVELO, <i>Obras festivas: La Mandrágora, El P. Alberico, La Celestina, El archidiablo Belfegor</i>	3,50
CLAUDIA LEMAITRE, <i>Juegos de damas</i>	3,50
JEAN BERTHOROY, <i>Sybaris (novela)</i>	3,50
MAURICE MAREIL, <i>Mitilena (novela)</i>	3,50
MARCEL DE LANGRE, <i>El crepusculo de los viejos (novela)</i>	3,50
CHARLES CHABAULT, <i>El triunfo de Afrodita (novela)</i>	3,50
LUIS S. ROUQUETTE, <i>Nuestra Señora de las Voluptuosidades (novela)</i>	4,00
ARMEN CHANIEN, <i>La danzarina de Shamaka (novela)</i>	4,00

Pidanse catálogos. Envíos contra reembolso.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

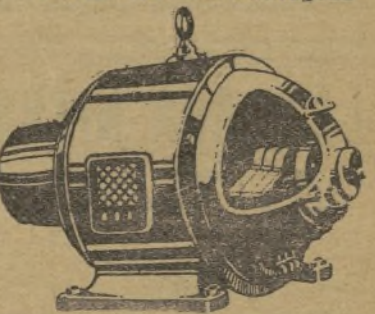
Imp. de EL IMPARCIAL. — Duque de Alba, 4.

AEG

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato



A E G

IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10
SUCURSALES:
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón
Sevilla-Valencia-Zaragoza

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MAN-TONES DE MANILA.
SAN BERNARDO, 1.

CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissement Benninger. Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20.—MADRID

NUOVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714
PRECIOS ECONÓMICOS VERDAD
GRANDES EXISTENCIAS

Pedid Coñac Lion d'or



Zorros Silka desde 80 pesetas. Medias seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es

LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

CALZADOS

Señoras, caballeros, niños

Muchísima variación en modelos nuevos, más barato que nadie
Les Petits Suisses
Fernando VI, 17



LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELÉFONO M 17-65

ESMALTE ORO "EL SOL"

para dorar cuadros, espejos y retablos.
La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Diaz Herrera
HORTALEZA, 17

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS.—ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA

VINOS Y CEREALES

Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar.
Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero



Carlos Coppel
Fábrica de relojes
 Fuencarral, 27 Madrid
 A cada reloj, acompaña certificado de garantía



CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 pías.

FARMACIA PUERTO
 PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

LÁMPARA NITRA

A. E. G.



Consumo 1/2 vatio.
 Luz blanquísima. - Preferida a todas sus similares.
 Pídase en todos los establecimientos de venta de lámparas eléctricas y en la
 A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.
 MADRID { Nicolás María Rivero, 8 y 10.
 Plaza de las Cortes, 2.

AGUAS DEL INCIO
 LA MEJOR DE MESA
: BOVEDA (LUGO) :
 Nerviosina de T. González De venta en farmacias

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Escritorio del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.
 Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.
 Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.
 DIRECTOR PROPIETARIO:
 = D. Manuel del Valle Díaz. =

ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.
 Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas		Envíos
a plazos		a
con		provincias
precios		aparatos
de		con
contado.		cocina
		o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a
ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

♦ ♦ ♦

SERRANO, 17
 AYALA, 60